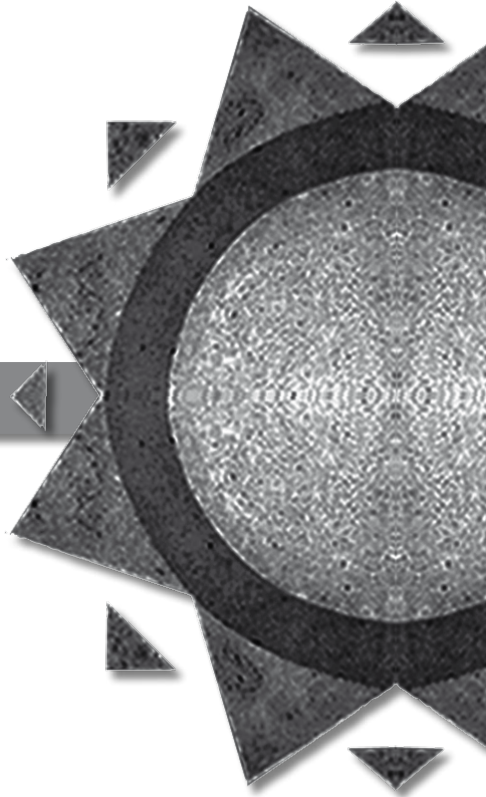


reseñas



Pablo Rubio Apiolaza, *Los civiles de Pinochet. La derecha en el régimen militar chileno, 1983-1990*, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (DIBAM), Santiago, 2013, 326 páginas.

Durante el año 2013 se cumplieron cuarenta años del golpe cívico-militar que dio inicio a la dictadura de Augusto Pinochet. Esta conmemoración dio pie a una infinidad de actividades académicas relacionadas con el tema, pero lo cierto es que desde el ámbito historiográfico, los estudios relativos a este período de la Historia de Chile siguen siendo escasos. Quizás este sea el primer mérito del texto que reseñaremos, aunque claramente no el único. La temática escogida por Pablo Rubio es el desarrollo de la derecha política durante el régimen militar, específicamente en sus últimos siete años (1983-1990). Sobre este tópico, sólo destacan los trabajos de las profesoras Verónica Valdivia y Sofía Correa, además de los estudios conjuntos de Tomás Moulian e Isabel Torres.

Si bien la investigación centra su mirada en el nacimiento y desarrollo de los partidos de derecha durante la década de los ochenta – específicamente la UDI, el MUN y RN –, el mérito de esta investigación se encuentra en la visualización que el autor realiza de este proceso como continuidad pretérita y proyección a la actualidad. Continuidad porque Rubio tiene la capacidad suficiente para construir una explicación que integra la larga historia de los partidos “tradicionales” de este sector, lo cual permite entender un cierto *continuum* entre lo que llama los “truncos históricos” (p. 22) de la derecha, y su reorganización durante la década de los ochenta. Esta es una afirmación importante, ya que una

interpretación habitual sobre la derecha en el siglo XX es que esta careció de un proyecto de país concreto, definiendo su identidad mediante la otredad: el comunismo. El autor comparte esta tesis, aunque también estima que la derecha no puede ser estudiada de forma esencialista, pues depende del contexto histórico en que se desempeñe. Por otra parte, también existe una preocupación de Rubio por proyectar este fenómeno como un punto de iniciación tanto para el proceso de “transición pactada”, como para el bipartidismo (al menos hasta la elección presidencial de 2013) de la derecha chilena.

La introducción es breve y cumple con su función al presentar las problemáticas del libro. Justifica la elección del tema debido a la escasa producción historiográfica sobre el período (algo ya destacado) y sobre todo, por tratarse de un proceso contemporáneo, ya que la configuración actual de la derecha chilena tiene su *big bang* en este período, independiente de sus características históricas (p. 18). Plantea como hipótesis que el principal aglutinador de estos partidos fue la adhesión a la figura de Pinochet, tomando en cuenta las importantes diferencias que se marcaban entre una derecha catalogada como “tradicional” (el MUN y RN) y otra aparentemente renovada, como la UDI.

El primer capítulo representa el marco teórico de la obra, estableciendo dos interesantes discusiones teóricas: la relación entre historia del tiempo presente e historia política, y la vigencia de los conceptos de derecha e izquierda como categorías de análisis histórico. Sobre la historia del tiempo presente, el autor se limita a exponer las principales definiciones de esta perspectiva, como son la memoria, el tiempo actual y la noción de “proceso inacabado” sin entrar a problematizarlas en relación al objeto de estudio (p. 29). Luego, realiza una reconstrucción del concepto de “derechas”. Recalca el carácter plural del término, planteando la existencia de múltiples tradiciones políticas que conforman un cuerpo heterogéneo, aunque dichas diferencias sólo sobresaldrían en ciertos momentos históricos (como el periodo analizado en este libro). Rubio también busca defender el clivaje izquierda-derecha como categoría de análisis válida. En su opinión, aquellas voces que dan por superada esta taxonomía cumplen el objetivo de “abolir” la política, poniéndola en una suerte de vacío relativista (p. 36).

El siguiente capítulo se centra en la evolución histórica de la derecha chilena entre 1932 y 1973. El primer espacio de tiempo (1930-1960) estaría caracterizado por un fuerte predominio político de la derecha, a pesar de no gobernar en la mayoría del periodo. Esto debido a su unidad en torno al anticomunismo y su peso electoral en el parlamento (p. 47). Este dominio que se habría mantenido hasta finales de los 50, experimenta un sostenido declive electoral gracias a la ampliación del electorado, el proceso de migración campo-ciudad y la

figura de Ibáñez. También se cuentan factores internacionales, como la revolución cubana y el acercamiento de la Iglesia Católica a posiciones más sociales. Ya a mediados de los sesenta, la crisis de la derecha se tornaría terminal. El autor interpreta este proceso como una crisis de las formas tradicionales de hacer política, basadas en las decisiones cupulares y el dominio del campo, aunque no profundiza esta afirmación (p. 57). La nueva derecha post-crisis estaría empapada de la polarización del periodo, donde destacó la formación del Partido Nacional (PN) y del movimiento gremialista. Rubio comparte el análisis de otros especialistas, como Verónica Valdivia, sobre el carácter renovado de esta derecha, más propicia a la movilización social (p. 59). Este sector recuperó fuerza electoral con el PN, al mismo tiempo que dentro de las paredes de la Universidad Católica se formaba otra derecha gremialista, aunque con un reducido margen de acción aún. El gobierno de Allende fue la oportunidad para que esta nueva derecha demostrase su renovación ideológica.

Los próximos tres capítulos son la parte medular de la investigación. El cuarto capítulo corresponde al periodo fundacional de los nuevos partidos de derecha. Se recalca que entre 1973 y 1982, el régimen de Pinochet optó por un "silenciamiento" político, prohibiendo la existencia de partidos. Pinochet no habría gobernado en estos años con la derecha tradicional, sino más bien con una alianza formada por militares, jóvenes profesionales y tecnócratas, la mayoría sin militancia partidista (p. 80). Es dentro de estos grupos donde el gremialismo comienza a adquirir la relevancia de la que hará gala en los años posteriores, pues sus jóvenes cuadros fueron los aliados civiles preferidos de Pinochet. A finales de los setenta, el gremialismo sostuvo la necesaria institucionalización del régimen mediante la creación de una nueva constitución. Cabe destacar el acabado conocimiento que demuestra poseer Rubio sobre el movimiento gremialista, superando de alguna forma aquellos trabajos que se centraban en forma excesiva en la figura de Jaime Guzmán, como algunos de Carlos Huneeus y Verónica Valdivia.

La investigación prosigue analizando el periodo que va desde 1983 a 1987. El primero de estos años resultó ser uno de los años más convulsionados para el régimen militar. La creciente reorganización de la oposición, reflejada en las jornadas de protesta, contó con gran apoyo popular. Esto lleva al ministro del interior, Sergio O. Jarpa, a comenzar un tímido proceso de apertura hacia la formación de partidos políticos. Así que surgen la UDI (gremialistas) y el MUN, que agrupaba principalmente a los sectores de la derecha tradicional (PN). Con los dos partidos ya establecidos, comenzaron a surgir las primeras discrepancias. Si bien ambas colectividades apoyaron en un principio el giro aperturista de Jarpa, rápidamente la UDI procedió a criticar el actuar del ministro del inte-

rior por un excesivo apresuramiento en las conversaciones con la oposición. Finalmente, los intentos de Jarpa fueron abortados desde la propia Moneda, quitándole el “piso” político necesario a la iniciativa. De esta forma, en 1985 se registró un “endurecimiento” del régimen. En este contexto, parte de la oposición agrupada en la Alianza Democrática, junto al nuevo PN y el MUN, firmó un documento denominado “Acuerdo Nacional” que proponía algunas reformas constitucionales, pero que, tal como recalca Rubio, mantenía en su esencia el modelo económico neoliberal. La UDI optó por oponerse a este acuerdo, generando un nuevo *impasse* con el resto de los adherentes civiles a la dictadura y de paso, demostrando una vez más el carácter “renovado” de esta nueva derecha, la cual no estaba dispuesta a transar sus principios.

El último capítulo abarca el periodo de 1987 a 1990, el que el autor denomina como de aceptación de la “transición pactada” (p. 221). Este estuvo marcado por la fusión de los partidos de derecha (MUN, UDI y FNT) en el contexto de un clima tanto nacional como internacional propicio para el desarrollo de una transición a la democracia controlada por el propio Pinochet. Hacia finales de 1986, los grupos de derecha confluyeron en la necesidad de formar un solo partido político que defendiera el legado de Pinochet, el cual podría estar en peligro ante la inminencia del plebiscito de 1988. Así nació Renovación Nacional (RN), cuya efímera duración refuerza la tesis principal del autor sobre la existencia de “derechas”. Finalmente, la derrota en el plebiscito marcó el camino a seguir, con una compleja negociación entre RN y la UDI, quienes acordaron actuar como bloque a pesar de posteriores desavenencias electorales.

En conclusión, la exhaustiva investigación realizada por Pablo Rubio puede ser calificada como la obra de mayor extensión escrita sobre el tema hasta el momento. Existe una amplia utilización de las fuentes tradicionales de la historia política, así como de bibliografía especializada. Su principal fortaleza radica, en nuestra opinión, en la visión de “larga duración” que sostiene el autor, aunque sin caer en un estructuralismo contraproducente. Si bien existen algunos rasgos “permanentes” en la derecha chilena del siglo XX, Rubio se encarga de apelar continuamente a la coyuntura como eje central del relato propuesto, evitando caer en ciertos apriorismos o lo que Bloch llamase la “idolatría a los orígenes”. Sin embargo, procesos y acontecimientos son conjugados de forma correcta, especialmente en la distinción conceptual que realiza entre la derecha tradicional, su renovación durante la década de los sesenta y su cristalización bajo la dictadura de Pinochet.

De esta forma, sólo podemos realizar dos observaciones, las cuales no son discrepancias de fondo, sino más bien otros enfoques a investigar: en primer

lugar, si bien el autor declara interesarse no sólo por la relación entre los grupos civiles, sino que además por los vínculos de estos con la dictadura, la investigación dedica poco espacio al desarrollo de esta relación, centrándose más bien en las dinámicas internas propias del incipiente sistema político partidista. Hubiese sido interesante indagar en los vínculos de los civiles con las estructuras del Estado, pues a ratos pareciese que los civiles de Pinochet eran actores más bien sumisos, con poca capacidad de autonomía con respecto al dictador. Por otra parte, también queda pendiente revisar la relación de estos partidos con los grupos económicos que emergieron durante el periodo. Investigar los lazos de la derecha con la nueva elite económica nacida al alero de la implantación del neoliberalismo, los gremios empresariales o el capital transnacional resultaría una tarea en extremo provechosa para la comprensión del periodo dictatorial. Entendemos que este no era uno de los objetivos propuestos por el autor para su investigación, pero la profundización en estos temas es una tarea aún pendiente por la historiografía nacional.

Por otra parte, Rubio plantea en su marco teórico que introducirá el concepto de cultura política a la investigación, pero la verdad es que este no aparece en los diferentes capítulos. En los últimos años la historia política ha integrado nuevas corrientes y metodologías, en especial aquellas provenientes de los estudios culturales y el “giro lingüístico”. Historia conceptual, de las prácticas políticas o la teoría de redes (entre otras) son nuevas perspectivas que los historiadores centrados en “lo político” han recogido en un proceso de creciente renovación de la subdisciplina. Este nuevo enfoque se caracteriza por utilizar conceptos tales como la memoria y el discurso para intentar penetrar en lo que Lechner llamó la “dimensión subjetiva de la política”. Si bien los trabajos que integran este aspecto son aún escasos en nuestro país – salvo quizás algunos trabajos relativos a los partidos de izquierda como el MAPU, el PC o el MIR – se encuentra pendiente una investigación sobre la derecha chilena en clave subjetiva, que integre tanto las variables estructurales con el análisis de las mentalidades y los mapas cognitivos que finalmente definen este “nuevo estilo” de la derecha chilena contemporánea. La utilización de memorias escritas y fuente orales hubiese sido adecuado para cumplir estos objetivos.

PATRICIO RUIZ GODOY
Universidad de Santiago
patricio.ruiz@usach.cl